

ben emprender su retirada por tierra, y creyéndose en la hora de la muerte, decía: *¿Quién volverá á llevar mi buen pueblo á Francia?* Dirigiéndose á Joinville se expresaba el Sr. Boulaincourt de este modo: *Primo, cuando paseis al otro lado del mar, no penseis en la vuelta; ningún caballero, sea rico ó pobre podría regresar sin infamia, dejando en manos de los sarracenos al menudo pueblo, en cuya compañía parte.* Fulques de Chartres escribe: *¿Cuándo se vió jamás reunidas en un sólo ejército á tantas naciones de diferentes lenguas.... francos, flamencos, galos, alemanes, bretones, allobregos, loreneses, normandos, escoceses, ingleses, apulianos, bávaros, aquitanios, italianos, dacios, griegos, armenios? Cuando me dirigía la palabra un breton ó un germano no sabía responderle; pero aunque separados por la diferencia de lenguaje, parecía que no formábamos más que un sólo pueblo por nuestro amor á Dios y nuestra caridad respecto de los pobres. Si uno de nosotros perdía algo, el que se lo encontraba lo conservaba cuidadosamente hasta que descubría quién era su dueño á fuerza de indagaciones; y entonces lo restituía de buen grado como cumplía á peregrinos que habían emprendido juntos un viaje piadoso.*

No queremos decir que todas las acciones estuvieran en relación con semejantes ideas; pero á lo ménos estas máximas eran proclamadas, y se puede decir que aceleraban los pasos que se daban hácia la igualdad. En el momento en que los primeros cruzados volvían á ganar su patria, los que habían quedado en Levante escribían á sus hermanos de Occidente: *En nombre de Jesús, acreditad vuestra gratitud á nuestros hermanos cuando regresen á su país; hacédles bien, satisfaced vuestra deuda respecto de ellos. ¿Hay cosa más respetable que estos ruegos cambiados entre pueblos distantes?*

Las mujeres, que fueron en gran número á Levante con sus maridos ó sin ellos, llevaron sin duda un foco de corrupción; porque se las veía incitar á los galanteadores hasta delante de la tienda de San Luis; pero el poder de un sexo en quien la lástima es natural, pudo al ménos salvar algunas veces el pudor de las cautivas. Además, las mujeres tuvieron también su parte de heroísmo y de desgracias. Florina, hija del duque de Borgoña, moría peleando al lado de Sueñan, hijo único del rey de Dinamar-

ca. Margarita de Hainaut iba buscando entre los cadáveres el de su marido, muerto por los turcos: otra Margarita defendió á Jerusalén contra Saladino, y volvió sola á Europa, no trayendo más que su casco, su honda y su salterio.

Adela, condesa de Blois, haciendo cargos á su marido por haber desertado de la guerra santa, le precisó á volver á ella. Otra mujer que en el sitio de Tolemaida trabajaba en cegar un foso, sintiéndose herida mortalmente, rogó á su marido que la arrojase en él, para que al ménos su cadáver fuese útil. Los escándalos de Leonor de Guyena forman contraste con la generosa resignación de Margarita de Francia; cuando hallándose cautivo San Luis, respondía que no podía estipular nada sin su madre, la grosería musulmana quedó admirada. En fin, cuando los hombres perdieron la fé en estas aventureras expediciones, las mujeres de Génova concibieron la idea de ir á pelear en su lugar.

El poder estacionario é inhumano de los feudatarios tenía por contrapeso la milicia móvil y generosa de la caballería, animada de nobles sentimientos, no respirando más que la gloria y la justicia, y llamada á contribuir á todo lo que era generoso y desinteresado. Se revistió de más puras formas cuando se encontró unida á las órdenes eclesiásticas militares, cuyos miembros reunidos con el mismo objeto, emancipados del lazo feudal como de las distinciones de nación, fueron los inmediatos guerreros de Cristo, y ofrecieron en sus filas á los hidalgos un asilo activo en tiempo de paz y una escuela de heroísmo en tiempo de guerra.

La nobleza, de feroz que se había mostrado hasta entonces, como fundada únicamente en el derecho brutal de la conquista, llegó adoptar el espíritu caballeresco que después constituyó su carácter, y á asociar al valor la política, el ardor religioso, el delicado amor y el entusiasmo. Es verdad que perdió sus riquezas, pero en cambio se aumentó su brillo, cuando desde los estrechos límites de sus castillos se encontró en un teatro donde estaban fijadas todas las miradas de la Europa y del Asia. Vió escritos sus hechos en las eternas páginas de la historia; algunos de sus miembros conquistaron provincias en Levante, y se sentaron en

los tronos de David, Constantino, Leonidas y Agamenon.

Los escudos de armas y los apellidos dieron una base estable á las genealogías, que anteriormente á esta época, no son más que sueños sin realidad, permitiendo determinar mejor las descendencias ilustres.

Allamamiento de Dios el siervo abandonó el terruño, sin que el señor pudiese oponerle la ley que le encadenaba á él; y este libre ejercicio de su voluntad fué como una emancipación. El que había tomado la cruz se convertía en hombre de Dios y de la Iglesia, gozaba de ciertos privilegios, y de esta manera se borraba de su frente el sello de la servidumbre personal. El gran número de los que comunmente iban á ofrecerse á una iglesia (*oblatos*), encontraron medio de ejercer en otra parte su devoción sin objeto, y los que ya estaban comprometidos un medio de libertarse.

En virtud del derecho de *aubena*, los señores hacían siervos á los extranjeros que se fijaban en sus dominios, y se apoderaban de los bienes de los que morían en ellos ó naufragaban en sus costas. En adelante, fué protegido el peregrino por las leyes de la Iglesia y su persona considerada como sagrada. Así fué, que las maldiciones persiguieron al duque de Austria, que en venganza detuvo á Ricardo prisionero, y á Carlos de Anjou, que saqueó á los franceses náufragos.

En medio de tantas aventuras, tuvo el pobre su historia y pudo contarla, unida comunmente á la de su señor que unas veces había sido defendido por él bajo los muros de Tolemaida ó los de Ascalon, otras trasladado enfermo en sus espaldas á través de los desfiladeros de la Cilicia, otras salvado de una muerte cierta por el pedazo de pan dividido con él, ó por algunas gotas de agua sacadas en su casco de un manantial descubierto por casualidad. Esto es lo que refería el viejo cruzado, y el hijo tenía orgullo en poseer un padre que había hecho otra cosa que regar con sus sudores el obligado surco; y semejantes recuerdos hicieron pensar que los villanos eran también hombres que podían ir y venir, casarse á su gusto, disponer del fruto de sustrabajos.

Teniendo los señores no sólo que hacer figura en sus castillos, sino también que conservar su

categoría entre los príncipes, entre la flor y nata de las damas y caballeros, trataron de rivalizar en lujo, y la industria se aprovechó de ello. Al reemplazar las telas de seda á las pieles, se inventaron manufacturas nuevas, el fausto en los trajes se aumentó considerablemente, sobre todo en Italia. Los tegidos de damasco, los de pelo de camello, excitaron la emulación de los occidentales; primero Palermo, después Luca, Módena, Milan, multiplicaron los telares; los vidrios de Tiro fueron imitados en Venecia, que pronto fabricó los espejos de cristal destinados á reemplazar á los de metal; los molinos de viento de que se servían en el Asia. Menor por no haber agua, se extendieron por toda Europa, si no fueron traídos entonces. Hubo también grande mejora en las obras de atargía y de cincelados, artes en las cuales sobresalían los árabes. Los cuños de las monedas y el grabado de los sellos se perfeccionaron; se aprendió aplicar el esmalte, y el arte de platero adelantó para engastar tantas perlas y adornar tantas reliquias traídas de Oriente.

La industria, que no era el monopolio de los de grandes capitalistas, daba importancia al hombre del pueblo y sacaba de manos de los ricos tantos tesoros guardados para esparcirlos entre los pobres, que no sólo conseguían las comodidades de la vida, sino también franquicias é independencia. Los que administraban los bienes de sus señores ausentes, tomaron y dejaron tomar á sus subordinados costumbres ménos serviles; el clero no tuvo conflictos que rechazar en la administración de la justicia y en la tutela de los huérfanos; las campiñas gozaron también de la paz, y la clase media se preparó á consumir la humillación de los nobles. Por que si en realidad estas lejanas expediciones fueron solicitadas por el clero y ejecutadas por la nobleza, el pueblo fué el que se aprovechó de ellas.

No llegaremos hasta decir que las cruzadas produjeron la formación de los comunes, pero al ménos ayudaron á ello. El castellano descendido de su torre de homenaje, se había acercado al villano, no para exigirle rescate, sino para invitarle á unir sus fuerzas á las suyas. Los grandes consideraron á los que les siguieron como sus pobres (*pauperes nostri*), y éstos, libres de la servidumbre legal, olvidaron las

costumbres de la esclavitud hereditaria, al mismo tiempo que el feudalismo separaba sus raíces del suelo donde aún estaban muy arraigadas poco tiempo antes.

Al mismo tiempo, en medio del estruendo de la guerra, la voz de la justicia se dejaba oír, y el orden aparecía de nuevo. Los gobiernos, ya fuesen principados, ya repúblicas, podían desarrollarse con menos obstáculos en ausencia de los barones, que hubieran podido hacer valer derechos é intervenir restricciones. Los comunes, las repúblicas, establecían ó aseguraban su independencia, sometiendo á leyes iguales hasta la tierra del baron que guerreaba contra los sarracenos, aboliendo los privilegios dañosos á la seguridad pública, y elevando el poder público sobre el privado. El pueblo bajo y los campesinos, se acostumbraron durante las largas ausencias de los feudatarios á dirigir sus miradas hácia una autoridad superior y á recurrir á la autoridad real para obtener justicia y protección. A esto contribuyó notablemente la reversion de gran número de feudos á la corona, ya vendidos por los barones para procurarse el dinero del pasaje, ya que quedasen vacantes por su muerte.

¿Quién no sabe cuánto ensanche dan á las ideas, y cómo destruyen las preocupaciones de campanario, la vista de países y de usos nuevos, haciendo saltar á la vista el ridículo de ciertos hábitos y tomar afición á tales ó cuales costumbres? En la sociedad feudal, tan fraccionada, la patria de cada uno tenía por límite la cerca que servía de recinto á su campo. Era un gasto ó un peligro pasar por el puente de un torrente contiguo, ó á la vista de la torre del señor vecino. Pero ved que de repente caen las barreras, y naciones enteras se precipitan á caminos cerrados hasta entonces. En estos momentos es cuando los septentrionales ven en Italia los restos majestuosos de la civilización antigua y los principios de la nueva. Oyen profesar el Código en Bolonia; encuentran en Salerno y en el monte Casino escuelas de medicina; en Tesalónica, escuelas de bellas artes; en Constantinopla, bibliotecas y museos. Santiago de Vitry expresa la admiración que le causa encontrar á los italianos, «diligentes en los consejos secretos, solícitos en buscar las ventajas públicas, ocupándose en preveer el

porvenir, repugnando el yugo ajeno, tenaces defensores de su libertad.»

En Sicilia y en Venecia, donde los cruzados acababan de embarcarse, tenían á la vista formas de gobiernos más regularizados; y la sorpresa que experimentaron al ver á todos los ciudadanos de Venecia convocados para dar su asentimiento á la deliberación del dux, debió inspirarles la idea de una libertad diferente de las instituciones germánicas. Cuando después establecieron un nuevo territorio, pensaron en darle una legislación que fué, no impuesta por la fuerza, como acontece comunmente, sino discutida por la razón de las naciones que se conocen iguales, y quieren lo que les es más ventajoso. Los *Asises*, redactados entonces, fueron un modelo para los príncipes y los comunes; aprovechólos San Luis para sus *Establecimientos*, y tal vez de ellos han sacado los ingleses la idea del jurado. Los métodos introducidos por la Iglesia para la percepción del diezmo, sirvieron de ejemplo á los reyes para el cobro regular de los impuestos, que si se convirtieron en perpétuos, cesaron al menos de ser arbitrarios y multiplicados.

El desenfadado egoísmo que había hecho posible la ilimitada dominación de los emperadores romanos, y que después causó su ruina, sobrevivió á su decadencia, representado por el sentimiento individual de los emperadores de Alemania, que no habían podido nunca por este motivo fundar un poder estable. Claustros, capítulos, baronías, bandas armadas, universidades etc., todo vivía con una vida particular y aislada; no había naciones, en atención á que las naciones consisten en la unión de los intereses, de los sentimientos, de la inclinación instintiva ó natural hácia un objeto común. Pero de repente, mezclándose todos los pueblos á su albedrío en las cruzadas, todos obedecen á un jefe, todos vuelven propagando ideas de unidad y libertad. En estas expediciones enteramente sociales, la individualidad de las personas y de las naciones desaparecía bajo el nombre de cristiandad, resultando de aquí un patriotismo europeo y cristiano.

Se ha imputado á las cruzadas haber elevado á su apogeo el poder de los pontífices, á quienes se ha representado, en consecuencia, como los promotores artificiosos de estas empresas,

con intención de tiranizar al mundo. Digamos la verdad; las expediciones hechas en nombre del papa, que concedía privilegios emancipando de toda jurisdicción que no fuese la suya, podían bien proporcionarle un pretexto de invadir los derechos capitales de la soberanía, como los de levantar tropas, percibir contribuciones, imponer por ley la voluntad de los legados; pero lo cierto es que el grito de *¡Dios lo quiere!* no había resonado aún, cuando Gregorio VII proclamó más alto que nunca lo hizo la Santa Sede las pretensiones pontificales, que al fin de las cruzadas se encontraron debilitadas. Cuando una parte considerable del Asia fué conquistada, resultó poco acrecentamiento para el poder de los pontífices, comprometidos como estaban, por el contrario, en las disensiones de las nuevas colonias. A veces los mismos cruzados se negaron á escuchar su voz; así como los venecianos no hicieron ningún caso de las amenazas del legado, y prosiguieron hasta el fin su empresa, en medio de los anatemas del Vaticano. La poca destreza de los legados, que, con la pretensión de dirigir las batallas, las perdían comunmente, comprometió la reputación de sabiduría y habilidad de que gozaba la corte de Roma; la violencia ó infidelidad en la percepción de los diezmos produjo rumores, é hizo suponer intenciones menos nobles. Ahora bien, todo esto contribuyó á destruir aquella idea sublime que la edad media se había formado de los papas. La preeminencia de la Santa Sede sobre los reinos de la tierra se ha perdido ya, la supremacía eclesiástica se encuentra amenazada, y la reacción, que pronto veremos comenzar, se ha hecho posible.

El clero podía sin duda enriquecerse recibiendo en prenda los bienes de los particulares ó comprando baratos los de los barones; pero cuando los legos se declararon contra los clérigos, diciendo que no sabían más que predicar, y que no podían, sin injusticia, eludir la obligación de contribuir aun por medios terrestres á una guerra santa, debieron también sujetarse á contribuciones onerosas. Gastaron tal vez más que lo que habían ganado, y los reyes aprendieron entonces que existía bajo el altar una mina que aún no habían explotado.

¿Qué ventaja no debía resultar también para el Asia de las comunicaciones abiertas con

nuestro mundo? Los musulmanes, muy aislados por su religión altiva y antisocial, no debieron sino muy pocas ideas á nuestro contacto. Los griegos, orgullosos ó más bien vanos, no manifestaron más que desden hácia los bárbaros de Occidente; pero de todos modos no pudieron cerrar los ojos en presencia de instituciones más liberales, que lo era, en su legalidad, el despotismo hereditario de la civilización pagana, y más respetuosas hácia la dignidad de hombre: algunos autores latinos se tradujeron á su idioma; multiplicáronse las relaciones entre el imperio y la Italia, á pesar del conflicto que se suscitó entre ellos, y la mutua irritación que consumió el deplorable cisma de ambas iglesias.

En cuanto á los latinos, más dóciles, más inclinados á la imitación, sería imponderable decir cuánto se aprovecharon de estas relaciones. Conocieron la cultura intelectual de los árabes, en parte indígena, en parte tomada de los libros indios, griegos ó persas, traducidos á su lengua, y sacaron de ellos novelas, romances y filosofía. La medicina adoptó, ya que no los métodos, al menos los medicamentos orientales; drogas nuevas y nuevas composiciones entraron en la farmacia; el azúcar fué la base de muchas preparaciones, y sirvió para conservar el perfume y el sabor de las frutas y flores; la triaca fué mucho tiempo un secreto guardado con cuidado en las oficinas venecianas; las hermosas razas de corceles árabes excitaban la envidia de nuestros caballeros, que quisieron poseerlos: San Luis introdujo una nueva casta de perros de caza; los elefantes aparecieron en nuestros ejércitos, y aún se vé en el dominio de Rosora, cerca de Pisa, la descendencia de los camellos que fueron llevados entonces para cultivarlos.

Los primeros cruzados, viajando á lo largo del Líbano, apagaron la sed que les devoraba chupando la pulpa de la caña de azúcar; preséntoles el mismo servicio en el curso de los diferentes sitios; la llevaron, pues, á Sicilia, donde prosperó; los sarracenos la plantaron aún con más éxito en Granada, de donde pasó con los españoles á Madera y á América. San Luis adornaba sus jardines con renúnculo; el trovador Thibaldo engalanaba los suyos con rosas de Damasco; otros cruzados tomaron de As-

calon las pequeñas cebollas llamadas por eso *eschalotas*; un duque de Anjou trasplantaba el ciruelo de Damasco, y Roger de Sicilia la morera destinada á ser la mayor riqueza de Italia. Se aprendió tambien en esta época el uso del azafran, del alumbre y el añil. Ya hemos hablado de ciertas artes de las que adquirieron entonces el conocimiento, y que pronto se esparcieron como invenciones nuevas.

La Grecia estaba bien léjos de sus dias de esplendor; poseia, no obstante, monumentos de arte y literatura antigua; si la nueva literatura era pobre de genio y originalidad, al ménos ofrecia el órden y la urbanidad de que estaba desprovista la de Europa. Pudieron los latinos tener á la vista modelos propios para refinar el gusto, al mismo tiempo que las industrias nuevas y mil objetos adecuados para embellecer la vida. ¿Cómo creer que la vista de Santa Sofia, y otros edificios de la Italia y del Oriente no haya contribuido nada al gran vuelo que tomó entonces la arquitectura?

Como por otra parte está fuera de duda que los cruzados retardaron el momento en que Constantinopla debia caer en poder de los turcos, pensamos que literalmente tuvieron un feliz resultado, en atencion á que la Europa no estaba aún madura para recibir los clásicos que se habian conservado en ella, como lo estaba en el siglo XV. En efecto, ninguno de nuestros cronistas hace mencion de dos bibliotecas muy ricas que perecieron entonces, tan poco importante era esto para nosotros, y muchas obras maestras de artes fueron destruidas brutalmente, escepto las que los italianos, y sobre todo los venecianos, reservaron para embellecer sus ciudades que progresaban. Véase Pisa, véase Génova, y los edificios normandos en Italia, y los encontrareis ricos en columnas y estatuas trasladadas del Levante; lo que revela el renacimiento del sentimiento de lo bello, y explica la repentina madurez, á la cual llegaron las bellas artes en esta parte de Europa.

La misma literatura salió del santuario, por el movimiento que imprimieron á toda la sociedad empresas universales. La historia elevó algun tanto su estilo, pasando de los acontecimientos municipales á los prodigios de un valor admirable; la poesia encontró en la realidad

aquello á que no hubiera podido nunca llegar la imaginacion.

Los efectos de las cruzadas son sobre todo de notar en lo que concierne á la extension y direccion del comercio. Las ciudades marítimas de Italia, despues de haber ganado mucho en el pasaje de los cristianos, estipularon privilegios muy ventajosos en los países sometidos, y poblaron de mercados la Siria, como tambien las costas del Mar Jónico y del Mar Negro. Las embarcaciones de ciudades más remotas aún llevando hombres de armas y devotos á Palestina, volvian cargados de telas, especias y de toda clase de mercancías; de aquí procedió la prosperidad comercial del Mediodía de la Francia, de los frisonos, flamencos, Brema, Lubek, donde las artes y la industria se desarrollaron. Las ciudades adquirieron opulencia y fuerza, y la clase media pudo reclamar sus derechos.

El gusto á las especias se hizo general, y se llenaban de ellas los manjares, los vinos, las casas; á cada instante los poetas sacan sus comparaciones del olor de las drogas, y rodean los palacios de árboles encantados exhalando perfumes de cinamomo, de sientaria y nuez moscada. Aún se pasará algun tiempo antes de que un viajero aventurero, navegando en busca de la tierra que los produce, encuentre un nuevo mundo.

Pero era preciso para esto que se mejorase la navegacion, y los cruzados le proporcionaron la ocasion. Los septentrionales empleaban barcos macizos y pesados, y los navegantes del Mediterráneo embarcaciones frágiles y ligeras; se aprovecharon reciprocamente de los métodos de que hacian uso. Construyéronlas muy grandes para contener más gente, y reiterados desastres decidieron á abandonar este sistema; de todas maneras comprendieron que un sólo mástil no bastaba á tan grandes barcos, y comenzaron á poner varios en un mismo buque.

Se abandonó tambien entonces el lento y ruinoso transporte por tierra de las mercancías de Amberes á Génova, y se prefirió la vía del mar.

Despues, una vez de vuelta los reyes de la Tierra Santa, quisieron tener una marina, como hizo el rey Felipe Augusto; y al mismo tiempo que se adoptaba el nombre de almirante tomado de los árabes, se hizo tambien perpétuo su car-

go, que anteriormente no era conferido sino por le tiempo de la guerra.

Cuán en la infancia se encontraba tambien el arte de la guerra, que hace ménos mortíferos y decisivos los resultados de este gran desarrollo de fuerzas, antes de las cruzadas! El sistema feudal impedia que hubiese un sólo jefe. Si el pasaje se hubiese hecho por mar, la muchedumbre inútil que embarazaba estas expediciones y perecia en ellas, hubiera sido excluida; pero era impulsada por el entusiasmo, los caballeros tenian mucha confianza en sus caballos, y la experiencia de crueles reveses demostró que la caballería no valia nada contra tales enemigos. Cuando la guerra dejó de ser el impetu fogoso de una turba fanatizada, se hicieron grandes preparativos para dirigirla segun cierto plan; hubo almacenes, medios de transporte, un tren de equipajes, cosas todas inútiles aún en las cortas capañas feudales que se hacian á corta distancia, y aún en las expediciones de los emperadores á Italia, en atencion á que las ciudades ó los señores estaban obligados á proporcionar víveres.

Es una burla decir que los címbalos y los tambores es todo lo que ganamos en estas expediciones, cuando aprendimos despues á regularizar las operaciones militares, segun los procedimientos de prevision y táctica que hacen ménos mortíferas y decisivas las guerras; á sostener en los campamentos el aseo y el buen órden; á ver tropas sostenidas por sus jefes, prolongar durante años un servicio activo, origen de los ejércitos permanentes; á disciplinar, en fin, aquellas masas que tomaban parte en expediciones en las que era inútil el caballo encubertado de hierro, lo que reconstituyó la infantería y dió un nuevo golpe al feudalismo. Se aprendió tambien entonces á hacer uso de máquinas desconocidas antes para la defensa, los rastrillos, como para el ataque de las plazas y el cuidado de las personas. En fin, las máquinas incendiarias, empleadas por los musulmanes, apresuraron la aplicacion de un descubrimiento que debia producir inmenos resultados, el de la pólvora.

Estos hechos no pueden escaparse á la historia desde el momento en que abandone el desden y la hiel. No se diga que este beneficio se operó sin saberlo los promovedores de aque-

llas expediciones, y que su voluntad fué extraña á ellos. ¿Pues qué, el gran hombre, el instrumento más insigne en las manos de la Providencia, conoce acaso todas sus vías? ¿Sabia Napoleon que haria un servicio á la libertad comprimiéndola, y pensaron los reyes que cumplirian la obra de la revolucion derribándola? Sin duda los juicios de una filosofia burlona sobre las cruzadas, se han encontrado revisados y singularmente modificados en nuestro siglo; pero si no nos engañamos, han sido contadas y contados siempre en detalle, y no el majestuoso conjunto que se admira al leer las sencillas crónicas francesas, las pomposas declamaciones de los musulmanes, la sátira planífera de los griegos, las entusiastas relaciones de los devotos, y las burlonas diatribas de los espíritus fuertes.

No se pueden considerar, sin embargo, bajo un mismo aspecto tantas expediciones tan diferentes en el tiempo é intencion. El entusiasmo sin prevision de la primera cruzada, personificado en Pedro el Ermitaño, que no aguarda socorro sino de su fé y de una voluntad invencible, se mezcló en la segunda á la piedad monárquica de los que la provocaron. La tercera, más guerrera y política, dirige sus miras á conquistas más bien que á la libertad del Santo Sepulcro; y sus jefes no saben sacrificar á este piadoso objeto su orgullo, su ambicion y su envidia. En su origen, las cartas pastorales, las predicaciones, la misma fuerza, no bastan á detener á la multitud que se precipita en Asia; despues Enrique VI se vió obligado á prometer 30 onzas de oro al que quisiera pasar á Siria; Pedro el Ermitaño y Fulques de Neuilly, declaran indigno á todo el que no tome la cruz y arme su diestra con el acero contra los infieles. Poco á poco la lucha religiosa y caballeresca degenera en cálculo, cuando se nota la necesidad de ocupar el imperio griego y de poseer el Egipto; y finalmente, no es sino un viaje de curiosidad, un campo abierto á las aventuras y á la sed de riquezas.

Si todas estas expediciones fracasaron, provino de que se tuvo una confianza imprudente en los milagros, de que muchas veces el arrebatado, más bien que el raciocinio, presidió á aquellas operaciones; de que las repúblicas italianas, que eran los mejores instrumentos

se entregaron á luchas interiores de partido; provino tambien de falta de unidad y concierto entre las potencias que tomaron parte en ellas; de poca habilidad en el arte de la guerra, y de la absoluta ignorancia de lo que habia que hacer; de que los papas emplearon muchas veces estas expediciones tan pronto contra los bárbaros del Norte, como contra los herejes ó contra sus propios enemigos; de que el pueblo más caballeresco de Europa estaba ocupado en una cruzada doméstica, al mismo tiempo que los demas tuvieron que atender á su organizacion interior. Añádase á esto el clima, añádase tambien la fé dudosa y la secreta enemistad de los emperadores griegos, que hizo abortar las expediciones mejor combinadas, como las de Conrado III y Federico Barbaroja; téngase en cuenta que no tenian que habérselas con los ineptos musulmanes vestidos en nuestros dias con un ridículo uniforme y que reciben á palos el título de soldado; sino con los árabes, entre quienes el recuerdo de inmensas conquistas estaba aún reciente, y con los turcos, que nuevamente llegados y audaces, pedian botin y una patria á las mas bellas comarcas del mundo.

Absténganse, pues, de juzgar á las cruzadas por un resultado parcial, y de manchar la edad heroica de todas las naciones europeas con un vituperio que no apoyan ni el sentimiento ni la razon. Desterremos al ménos esta injusticia nosotros que hemos deplorado tanto las desgracias de la patria de Fídias y Sócrates, y que á falta de saberlo hacer mejor, nos hemos contentado con secundar con nuestros votos y cantos los generosos esfuerzos de los últimos descendientes de Timoleon y de Epaminondas.

Supóngase que el leon de San Marcos y el dragon de San Jorge se hubiesen establecido á perpetuidad en las orillas del Bósforo, del Jordán, del Tigris; una poblacion civilizada tendria aún allí la energía que en otro tiempo hacia de aquellas comarcas otros tantos centros de civilizacion; Seleucia, Antioquia, Bagdad, serian para el Asia lo que son en el dia París y Lóndres para la Europa; en los lugares en que un bajá fuerza, á azotes ó á golpes de cimitarra, á pueblos miserables á doblegarse á la mirada ó al capricho del déspota, donde el be-

duino y el pirata berberisco, ejercen osadamente sus fechorías, se veria florecer á gobiernos constituidos para el orden y para la libertad. El saber y la humanidad se derramarían á torrentes desde el seno de la más hermosa ciudad que ilumina el sol en Europa y Asia, que en un sentimiento de comun afecto y con el mismo fin de progreso se adelantarian para esparcir la luz en el Norte, y propagar la verdad en el corazon de Africa y hasta las más lejanas comarcas del Oriente.

Si un ermitaño no hubiera lanzado el grito de *¡Dios lo quiere!* y sino lo hubieran acogido los papas, la civilizacion que comenzaba en Europa, todavía ruda, pero que debia ser fecunda en grandezas y en virtudes, hubiera quizá desaparecido bajo el barniz de la civilizacion árabe, cuyo mortal gusano la atacaba ya en el corazon. Entonces la religion del amor y de la libertad se hubiera visto obligada á ceder el territorio europeo á una religion de sangre y de servidumbre, y sobre las bellas comarcas de Italia y de Francia pesaria la brutal tiranía doméstica y política, la orgullosa inmovilidad, la ignorancia sistemática y la fatal indiferencia.

CAPITULO X.

La España y el Magreb.

No estaba muy lejos de triunfar en España la cruzada perpétua. Una vez extinguida la fuerte y vivaz dinastía de los Omniadas, se descompuso la monarquía árabe en una veintena de reinos. Dominaban los ategibas, poderosa tribu árabe, en las provincias septentrionales; bajo el mando del rey de Badajoz formaban una confederacion los Algarbes y la Lusitania. Toledo, rechazando siempre la dominacion de los califas, se dió entonces una organizacion propia bajo el vasallaje de Ismael-bel Dilnun, quien seguro de su valor y de la antigüedad de su raza, aspiraba á la preeminencia sobre los reyes de Córdoba y de Sevilla; Zaragoza, Huesca, Valencia, Granada, Algeciras, Almería, Denia, Carmona, Murcia, Mallorca, obedecian á los príncipes particulares, independientemente de pequeños estados de Gibraltar, Huelva, Lérida, Tudela, Tortosa.

Estas subdivisiones se asemejaban todavía ménos al feudalismo europeo que al estado de

guerra continua en que se agitaban los hijos de Ismael antes de salir de la Arabia, sosteniéndose unos á otros, y uniéndose á los más débiles para reprimir á los que se hacian demasiado poderosos. Sólo nos produciría enojo sin ningun provecho la narracion de aquellos incesantes combates, como la de las guerras sostenidas por los tres reinos cristianos de Navarra, Aragon y Castilla, contra el principado de Barcelona; atengámonos, pues, á los principales hechos, y al interesante espectáculo de una nacion ocupada en recuperar laboriosamente su independencia.

Los visires de Córdoba eligieron por rey á Calixto Gewar, hijo de Mohamed, ministro del rey precedente, hombre de gran seso, y que se habia portado en la guerra civil noblemente. Instituyó para administrar el reino y formar las leyes, un consejo formado de los principales habitantes, al cual otorgó una autoridad tal, que aquel que imploraba una gracia oia al califa contestarle que no podia nada por sí propio, en atencion á que no tenía más que un voto en el consejo. Suprimió todo lo que tenía de superfluo en la corte en criados y en adornos, desterró á los espías y á los médicos no autorizados, así como á los abogados, á quienes sustituyó otros pagados por el Estado; edificó almacenes, arregló la justicia, y sin duda hubiera representado un gran papel si hubieran sido ménos difíciles los tiempos.

Los valis, á quienes parecia que toda obligacion de obediencia habia cesado para ellos respecto de los Omniadas, se ligaron para oponer resistencia á Gewar cuando él recurrió á las armas (1034). Además, su poder estaba amenazado por Ben-Abad, rey de Sevilla (1044), que reunió tambien bajo su dominacion á Córdoba, y comenzó la célebre dinastía de los Beni-Abades. Al-mamoun-Yahia, rey de Toledo, sostenido por Alfonso de Leon, se armó contra los dos reinos y se apoderó de las dos capitales (1076). Despues de su muerte, no sólo se perdieron sus conquistas, sino que, descontentos los habitantes de Toledo, llamaron al rey Alfonso, quien se apoderó del reino (1085).

Mohamed-al-Motamed, rey de Córdoba y de Sevilla, concibió recelos de resultas, y para conjurar los peligros convocó á los príncipes á asamblea. Entonces tomaron la imprudente

resolucion de llamar en su ayuda á los moros ó Almoravides de Africa.

A mediados del siglo XI, habiendo salido de la Arabia, á consecuencia de las discordias intestinas, las dos tribus árabes Homeritas de Goudala y de Lamtounah, vivian en los desiertos más allá del Atlas, sin otros bienes que su libertad y sus camellos. Yahia-ben-Ibrahim, de la tribu de Goudala, encontró en ocasion de una peregrinacion á la Meca, á Abn-Amram (al-faki muy renombrado), quien sabiendo por su conducto cuán ignorante y grosera era aquella tribu, propuso enviar allí misioneros. En calidad de tal se dirigió allí Abdalla; pero malisimamente acogido cuando habló de practicar abstinencias y de renunciar á vicios arraigados, se retiró á una ermita, donde le siguieron siete discípulos; habiéndose elevado su número en poco tiempo á muchos miles, les envió á predicar á cada uno á su tribu y á emplear la persuasion, ó la fuerza donde la persuasion no fuera bastante. De consiguiente, en breve se reconoció á Abdalla por jefe (1042); entonces avasalló á la tribu de Lamtounah, así como á los bereberos vecinos, y en recompensa del valor constantemente acreditado por los suyos, les dió el nombre de Morabitas ó Almoravides, palabra que significa consagrado al servicio de Dios (1050).

Consolidó su apostolado por las conquistas, quitando á los zegríes todo el Magreb (1070), y dejó el poder á Abou-Bekr, quien construyó á Marruecos, volviéndose luego al desierto; abandonó aquel territorio, á falta de podersele apropiar nuevamente, á Yusuf-ben-Taschfin. Este jefe, tan capaz como ambicioso, afianzó la conquista del Africa apoderándose de Fez y de Ceuta (1084), y para no herir á los Fatimitas de Egipto, que tomaban el título de al-moumenin, adoptó el de al-molesmyn.

A él se dirigieron trece emires de España, para obtener de él socorros, en vez de buscar en la union la fuerza. Gozoso de la ocasion que se le presentaba se apresuró á acoger su demanda, á condicion de que el mar le estaria asegurado por la cesion de la provincia de Algeciras. En el momento de su partida exclamó: *¡Alá, si mi expedicion ha de redundar en ventaja de los creyentes, manda á las olas que favorezcan mi viaje. Si no ha de serles provechosa, da-*